Eye Injuries and Prevention Fatality Report – Spanish

A principios de los años 90, Troy Bridgeman trabajaba para Hammond Power Solutions en Southgate Drive.

Era delegado sindical y miembro del comité de salud y seguridad.

La empresa había introducido recientemente una norma que obligaba a todos los trabajadores a llevar gafas de seguridad. Hoy en día es una norma estándar en la mayoría de las fábricas, pero en aquel entonces se encontró con cierta resistencia. La gente argumentaba que las gafas eran incómodas y poco favorecedoras y que llevarlas todo el tiempo, incluso cuando no se estaba soldando o realizando alguna otra actividad potencialmente peligrosa para los ojos, era innecesario.

Como miembro del comité, estaba obligado a ayudar a aplicar la política.

El director de salud y seguridad siempre buscaba formas de hacer más seguro el lugar de trabajo.

Convocó una reunión con todos los empleados para compartir una historia sobre una experiencia personal que tuvo en relación con la seguridad ocular. Nos contó que llevaba gafas de seguridad siempre que hacía trabajos de jardinería en su casa.

Un día, estaba cortando el césped y, efectivamente, su vecino empezó a burlarse de sus gafas. Intentó ignorarlo y siguió cortando el césped hasta que oyó a su vecino gemir de dolor. La cuchilla del cortacésped golpeó una piedra, haciéndola añicos y enviando fragmentos en todas direcciones. Uno de los fragmentos golpeó a su vecino directamente en el ojo y casi lo dejó ciego.

El gerente contó la historia con gran seriedad.

Tal vez fuera la ironía de reírse de la desgracia de su vecino durante una reunión seria de la empresa. Intentó reprimir la risa, pero más fuerte salió a la superficie.

El responsable de seguridad y salud no se dejó impresionar y lo centró.

Finalmente le preguntó si encontraba algo divertido en la historia.

“No”, respondió, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad para dejar de reír.

No fue la primera ni la única vez que su sentido del humor le metió en problemas, pero sí la primera vez que volvió a morderle años después.

Tenía un gran seto que separaba su patio de los vecinos de ambos lados. Dos veces al

año alquilaba un recorta-seto industrial para recortarlo.

Nunca había llevado gafas de seguridad al cortar el seto, pero este año decidió hacerlo. Sin embargo, al no encontrar un par en la casa, tras una breve búsqueda, siguió sin ellas. Al fin y al cabo, nunca se había lesionado al cortar el seto.

A los pocos minutos, un trozo de metralla de arbusto le golpeó directamente en el blanco del ojo derecho, haciéndole un corte tan fuerte que sangró.

El dolor era insoportable y temía haber causado un daño permanente. Por suerte, no lo hizo, pero sí consiguió encontrar un par de gafas después de aquello.

La mayoría de sus amigos se rieron cuando les contó la historia y le preguntaron por qué no llevaba gafas de seguridad.

Le avergüenza admitir que necesitó 20 años y la amenaza de perder un ojo para aprender esa valiosa lección.